

y sus triunfos. Á diferencia de Bourdaloue ó Massillon, no repitió jamas la misma Cuaresma ni el mismo Adviento; se renovaba sin cesar, se corregía sin descanso; era incapaz de monotonía y de uniformidad, áun hablando de lo que no varía; no podia sufrir en el orador sagrado que sus palabras y sus movimientos estuvieran hechos de antemano.

El abate Le Dieu nos muestra á Bossuet en Meaux ántes de subir al púlpito y despues de haber bajado. ¡Qué cuadro tan expresivo! Los dias de sermon, despues de haber fijado sus ideas leyendo la Escritura ó San Agustin, se entregaba « á una apacible meditacion, con gran recogimiento, durante el oficio divino; » luego se encerraba unos minutos ántes de subir á la cátedra y empezaba á proferir su alma por sus labios. Un dia, « en la Cuaresma de 1687, en Meaux, dispuesto á ir á la iglesia á explicar el Decálogo, le vi (dice el abate Le Dieu), hallándose presente el abate Fleury, tomar su Biblia para prepararse y leer de rodillas con la cabeza descubierta los capítulos xix y xx del Éxodo, imprimiendo en su memoria los relámpagos y truenos, el redoblado són de la trompeta, la montaña humeante y el terror que todo lo envolvía en presencia de la majestad divina; profundamente humillado, comenzando por temblar él mismo para imprimir en los corazones el terror y abrir por último en ellos las vias de amorosa sensibilidad ». — Y cuando habia concluido, como para ponerse al abrigo del aplauso, volvía á su casa y se ocultaba en ella, « dando gracias á Dios por sus beneficios y misericordias, sin decir palabra entónces ni despues de su accion ni de su triunfo. » Se consideraba un instrumento, un órgano de la palabra, y dichoso como los demas si la utilizaba lo mismo que los otros.

Por el mismo principio de modestia, de justa y rigurosa distincion entre el hombre y el talento, cuando en su lecho de muerte, en su última enfermedad, le manifestó su admiracion el cura de Varedes á quien habia consultado, pues este no comprendía que le consultara todo un Bossuet á quien Dios habia dado tantas luces, le contestó: « Desengañaos; Dios da luces al hombre para los demas, dejándole en tinieblas en cuanto á su conducta. »

Sabemos en nuestros dias por toda clase de experiencias lo que es un hombre de letras en toda libertad; sabemos lo que es cuando en él se

combina el escritor religioso y se complican muchas susceptibilidades. ¿Y qué ejemplo mejor que el del autor del *Genio del Cristianismo*, de ese ilustre é incurable Chateaubriand? Tambien sabemos lo que es el hombre de letras en su mezcla con el sacerdote, cuando se glorifica de su carácter sagrado; hemos visto lo que ese elemento demasiado literario en su exceso de actividad y su fiebre de escritor tiene de peligroso y disolvente, sobre todo en un siglo sin calma, en una atmósfera ardiente en cuyo seno todo se excita y se inflama. ¿Qué ejemplo mejor ni más significativo que el de La Mennais?

Bossuet no tiene nada de hombre de letras en el sentido ordinario; acostumbrado desde la juventud á los triunfos de la palabra, sintiéndose al nivel de su renombre, naturalmente moderado y habituado á considerarlo todo desde las gradas del altar, no busca las ocasiones de ejercitar su pluma ni de brillar por ella. Bossuet no es un autor, es un doctor y un obispo. No escribe por escribir ni anhela imprimir sus obras; sólo escribe impulsado por algun motivo de utilidad pública, para instruir ó para refutar; y si el motivo cesa, suprime ó guarda su escrito. « No atendía más que á la defensa de la Iglesia y de la religion. » Tal aparece Bossuet en el cuadro del abate Le Dieu y tal fué hasta morir.

Los años en que fué preceptor del Delfin, durante los cuales se dedicó á estudios humanos so pretexto de enseñarlos, fueron los que más consagró á las bellas letras propiamente dichas. Se le veía releyendo á Virgilio y estudiando á Homero con singular entusiasmo. Quizá el abate Le Dieu no posea sobre estos puntos la exactitud y conocimiento de los pormenores que tanto serian de desear; pero al ménos es bien manifiesto que la literatura profana, tomando por entónces gran lugar en los estudios de Bossuet, no invadió ni perjudicó á sus especiales y predilectos estudios: tenía sus límites marcados previamente. Aunque se nos dice que recitaba versos de Homero, hasta durmiendo, la verdad es que no experimentó jamas aquella embriaguez poética que tales lecturas producian en el alma impresionada de Fenelon y que se tradujo en el *Telémaco*. Bossuet, para concluir, fué siempre el hombre de la palabra de Dios. Isaías, los Profetas, los Salmos, el Cantar de los Cantares, estas son sus lecturas predilectas y esencialmente queridas, con las cuales quiere envejecer y morir: *Certe in his consenescere, his*

immori, summa votorum est. Allí está su *Hoc erat in votis* y no consentirá que se le distraiga de la única ocupacion que considera digna del santuario.

No nos cansamos de pasar por delante de aquella gran figura, figura proporcionada á su época y en la que puede decirse que reinó. Bossuet marchó toda su vida á cara descubierta, y nada en él, ni en sus actos, ni en sus pensamientos, queda oculto en la sombra. Fué contrario á las opiniones y á los métodos particulares; fué el hombre público de las instituciones, del orden establecido; unas veces órgano, otras inspirador; ya el censor que todos aceptaban, ya el conciliador y el árbitro de todos. En el orden católico y galicano fué el hombre más considerable de su tiempo. De Maistre ha dicho de Bossuet que es una de las *religiones francesas*. Se concibe que haya llegado á serlo. La verdadera crítica nos lleva á la misma conclusion que la admiracion más incondicional y ménos meditada.

IV

Conocida ya la impresion que deja la lectura de las Memorias del abate Le Dieu, me falta hablar de la que deja su Diario, que es ménos precisa, ménos agradable, pero que en definitiva no permite formar un juicio diferente.

Bossuet tuvo por amigo particular durante toda su vida, y por adicto auxiliar en todas las cuestiones de doctrina, de fe, de moral y de disciplina de la Iglesia, á un hombre digno de aquella intimidad: al abate Fleury. Este fué modesto lugarteniente suyo, fué el verdadero segundo de Bossuet, como lo confirman claramente el Diario y las Memorias de Le Dieu donde se dice no pocas veces que Bossuet dijo tal cosa, ó dictó tal escrito, ó llevó á cabo tal accion, *estando presente el abate Fleury*.

Tenía el abate Fleury trece años ménos que el gran prelado, de quien habia sido discípulo al empezar su carrera. En los años en que el abate Bossuet, alternando con los misioneros, con San Vicente de

Paul y con sus sucesores, daba en San Lázaro las conferencias ó pláticas para la ordenacion de los clérigos jóvenes, los ordenandos preferian las pláticas de Bossuet; Fleury, cuando dejó la profesion de abogado para dedicarse al sacerdocio, quiso tambien instruirse en la hermosa palabra del eminente orador. Se puede decir que le siguió de cerca y se codeó con él toda su vida; destinado como él á la educacion de los infantes, recibido más tarde bajo sus auspicios en la Academia francesa, volvió á verle en Versalles y le visitaba con frecuencia en Meaux y en Germigny. En el último año, cuando la enfermedad que le causó la muerte retenia á Bossuet en París, Fleury le acompañaba largas horas, leyéndole el Evangelio y hablándole de él: conversaciones graves, elevadas, puras, las de aquellos dos cristianos tan al unísono; quisiéramos conocerlas; pero Le Dieu que no las oyó no nos las pudo dar. El alma del abate Fleury parece modelada por la de Bossuet, graduada á su semejanza, con la diferencia de lo bueno á lo grande. Un hombre de concepcion muy viva, mostrando una vez á otro su rica biblioteca, al llegar á los escritores eclesiásticos del reinado de Luis XIV, dijo: « Fleury al lado de Bossuet, sin embargo; qué distancia entre ellos! Pero entre los dos no hay nada. » Juicio perfecto, que caracteriza bien á Fleury. Mas no es aquí donde se puede aplicar exactamente la frase de Quintiliano, de que no se es el segundo de alguno solo por ser el más próximo, *aliud proximum esse, aliud secundum*. Yo sé de hombres de estudio y de lectura profunda que colocan á Fleury muy alto, más alto de lo que hoy se acostumbra, poniéndole á la cabeza de la segunda fila y diciendo de él: « No es más que un escritor estimable y de segundo orden, pero su ingenio es de primera calidad; sus *Costumbres de los Israelitas y de los Cristianos*, es casi un libro clásico; su *Tratado de la eleccion y método de los estudios*, en un cuadro reducido, tiene mucha originalidad siendo superior en esto á la obra más voluminosa de Rollin; su *Historia del derecho frances* y su *Tratado del Derecho público de Francia*, encierran todo cuanto se sabe de cierto sobre los orígenes feudales y casi todo lo que hay de verdadero en ciertos capítulos de los más célebres historiadores modernos que se han guardado de citarlo; Fleury, dicen tambien, es uno de los escritores franceses que mejor han conocido la edad média, aunque tal vez la rebajara demasiado

por amor á la antigüedad ; el conjunto de sus escritos, marcado con el sello del buen sentido, bien presentado, con distribucion perfecta, con estilo irreprochable, sin ninguna traza de mal gusto, sin una paradoja, demuestra la superioridad del que los concibió. » Por mi parte, digo que era un espíritu muy sano. Sea como quiera, Fleury paga hoy la pena de no haber dado relieve á sus escritos, de no haber tenido una forma exuberante. Aunque vivió en contacto con Bossuet, no tenía ningun destello del brillo de su expresion ; por su manera de decir, sus pensamientos quedan en la sombra. Pero de todos modos, le hubiéramos querido oír ó leer sobre la familiaridad del gran Bossuet ; él hubiera podido hablar de ella mejor que los demas. ¡ Qué retrato tan parecido, tan verdadero, tan bien proporcionado hubiera podido hacer ! No era su talento de la misma familia que el de Bossuet, pero su espíritu no podia negar el parentesco y su corazon le era tiernamente adicto.

Pero nos es forzoso contentarnos con el Diario de Le Dieu. Desde las primeras páginas encontramos algo muy curioso, un juicio de Bossuet sobre los principios de Massillon como predicador ; leemos lo que sigue:

« El primer domingo de Adviento (Noviembre de 1699), M. de Meaux no oyó el sermón del padre Massillon en el Oratorio por temor al frio. La gran reputacion de este predicador le valió pasar de la cátedra de los padres del Oratorio á la del palacio de Versalles. No se encontró su mérito á la altura de su fama : su primer discurso, que fué contra los libertinos, pareció flojo. Se alabó su piedad y su modestia, su voz dulce, sus términos escogidos y su unción ; el rey y la corte quedaron edificadas. M. de Meaux (Bossuet) dió la santa comunión á madama de Bourgogne el día de la Concepcion y oyó en la misma fiesta al predicador nuevo. Juzgó lo que acabo de decir y, en una palabra, que este orador, bien distante de la sublimidad, no llegaria jamas á ella. »

Si nos descuidamos, hacemos todos lo mismo que Bossuet : lo negamos todo á los que vienen detras y declaramos demasiado pronto que no tendrán nunca esta ó aquella cualidad. En una palabra, cuando entramos en la vida, sólo vemos los grandes méritos de los oradores, escritores ó poetas reinantes, y cuando ya somos viejos, no vemos en nuestros sucesores más que los defectos.

Esta especie de prevencion de Bossuet respecto de Massillon duró todavía algun tiempo. Habiendo oido el 8 de Diciembre de 1700, día de la Concepcion, el sermón del padre Maure, del Oratorio, predicado en los Recoletos de Versalles, « nuestro prelado, dice Le Dieu, celebró la pureza de su estilo, su claridad, sus giros insinuantes é ingeniosos, pero no le encontró vigor ni sublimidad ; hasta le consideró inferior á su cofrade el padre Massillon. » Pero este no fué un juicio definitivo, pues vemos que el viérnes 4 de Marzo de 1701 « oyó en Versalles el sermón de la Samaritana predicado por el padre Massillon, y le gustó mucho. »

No obstante, lo cierto es que Bossuet y Massillon no son de la misma escuela en elocuencia sagrada. Bossuet queria á cada instante la palabra viva ; Massillon, al contrario, cuando se le preguntaba cuál era su mejor sermón, decia : « Mi mejor sermón es el que mejor me sé. »

Los juicios de Bossuet acerca de Fénelon son todavía más severos ; decididamente son injustos. Querriamos callarlos ; pero ya no es lícito ignorarlos puesto que Le Dieu nos los ha trasmitido :

« El sábado por la noche (23 de Enero de 1700, estando Bossuet en Versalles) se habló mucho del *Telémaco*. Desde que se publicó y tuvo ocasion de ver el primer tomo, le juzgó escrito en estilo afeminado y poético, exagerado en todas sus pinturas y fuera de los límites de la buena prosa. Tantos discursos amorosos, tantas descripciones galantes, aquella mujer que abre la escena con una declaracion de su ternura, sosteniendo hasta el fin los mismos sentimientos, le hicieron decir que semejante obra era indigna, no ya de un obispo, sino de un sacerdote y de un cristiano... Hé aquí lo que M. de Meaux pensó de la *novela*, que este fué desde luégo el carácter del libro en París y en la corte, donde todos lo pedian con las siguientes palabras : la *novela de M. de Cambray*. (Fénelon, obispo de Cambray.)

En otros pasajes del Diario de Le Dieu se revela tambien, por boca de Bossuet, la antipatía de naturaleza y de talento, antipatía más aguda en Bossuet por los recuerdos inveterados de la lucha. Bossuet tenía asimismo, en su palabra firme y varonil y hasta en sus ternuras llenas de virilidad, algo que en efecto debia hacerlo incompatible, ó no permitirle apreciar bien la prosa blanda, agradable, un tanto muelle, que otros saborean en Fénelon y en Massil-

lon, y que habia de tener más adelante Bernardino de Saint-Pierre. Bossuet se hallaba exento de aquel paganismo literario que complacia á Fénelon; no era capaz, ni aún al concluir una lectura de la *Odisea*, de sentarse risueño en la gruta de las ninfas. Aquí está la explicacion de sus juicios, que son de una verdad enteramente relativa: al expresarse de una manera tan cruda hablando de Fénelon, cedia Bossuet demasiado á sus repugnancias instintivas y abundaba, como se dice, en su sentido propio. Lo que se expresa en otra parte del Diario, todavía más fuerte y duro contra Fénelon, que Bossuet « *te tacha de haber sido toda su vida un perfecto hipócrita* », son palabras sensibles de las que pueden escaparse en una conversacion privada y que su mismo autor las desaprueba y no las reconoce cuando se divulgan: debilidades humanas que el abate Le Dieu no debió nunca revelar.

Pero Le Dieu, por su parte, se retractó en lo que pudo; pocos meses despues de la muerte de Bossuet hizo un viaje á Cambrai, quedando seducido y encantado como todos los que se acercaban al amable y edificante arzobispo; y aquel mismo hombre que habia acogido en su Diario lo que quisiéramos borrar por respeto á la memoria de Bossuet, escribia á M^{me} de Maisonfort lo que habia oido y visto de la veneracion unánime tributada á Fénelon:

« ... Pero me atengo á lo que he visto en Cambrai donde todo está á sus pies; se repara la magnificencia de su mesa, de su casa y de sus muebles; pero entre todo esto, lo que más commueve es la modestia y, á la letra, la mortificacion del santo prelado. La opulencia de su casa es una necesidad de bien parecer exigida por su posicion, meras exterioridades. En su persona todo es sencillo y modesto como ántes; sus maneras y discursos están como en otro tiempo llenos de afabilidad; es, en efecto, la misma persona con quien tuve el honor de hablar en Germigny hace diez y siete ó diez y ochos años... ¡ Juzgad si estaré contento de mi viaje! No me han sido gratos solamente los honores de la recepcion, de los que me acordaré toda mi vida con reconocimiento, sino mucho más este bello modelo de prelados en quien he visto y admirado muchas más cosas de las que ya sabía por la fama. He regresado, pues, con verdadero afan de volver algun dia, si puedo obtener licencia y quiere Dios, para aprender más. »

Tal fué el efecto que produjo Fénelon en el más admirador de Bossuet, que acababa de pasar veinte años al lado de este último.

Á la fecha en que Le Dieu empezó su Diario, tenía Bossuet la edad de setenta y un años y sólo le quedaban de vida tres y medio. Su salud debilitada requería los cuidados más asiduos; pero sin embargo trabajó hasta el fin: emprende refutaciones, aconseja que se condenen ciertas doctrinas, estimula con su celo á todos los prelados y da constante ejemplo de fervor. Si los honores son para los demas, la carga del trabajo es siempre para él, enfermo y todo. Es en efecto el mismo de quien dijo Saint-Simon que « sus grandes trabajos eran la vergüenza, en una vejez tan avanzada, de la edad média y robusta de los obispos, de los doctores y de los sabios más instruidos y más laboriosos. »

La asamblea del clero de 1700, celebrada en Saint-Germain en Laye, fué el último palenque en el que se desplegó la asombrosa actividad de Bossuet. Obsérvase allí su proceder habitual. Bossuet no es el presidente, pero es el alma de la asamblea. No pocos arzobispos y prelados cortesanos hubieran sido de opinion, para acabar más pronto y no indisponerse con nadie, de ocuparse en los asuntos temporales del clero, en sus cuentas y en su presupuesto, que diríamos hoy. Bossuet no opinaba así, y desde el primer dia recordó á la asamblea que se debía ocupar en cuestiones de doctrina y que era conveniente hacerlo; que tal era la costumbre y la tradicion constante; « que jamas se han reunido los obispos, fuese cualquiera el fin de la reunion, sin tratar los asuntos espirituales de su ministerio segun las ocurrencias presentes y las necesidades del momento. » En cuanto habló Bossuet, la asamblea se dejó llevar bien ó mal de su grado á hacer acto de concilio. Todos los obispos, aún los que disentan de su opinion, le tributaron la alabanza de que habia hablado como un apóstol y un Padre de la Iglesia. Lo que quiere Bossuet, lo que desea y reclama, es fulminar condenas contra los casuistas, contra el quietismo y contra el jansenismo, es decir, los extremos de la derecha y la izquierda, prescindiendo de personalidades y no designando ningun nombre, pues combate únicamente las cosas, lo que le parece error. En aquella asamblea, juzgando por lo visible, es pospuesto Bossuet á algunos otros. El arzobispo de Reims, Le Tellier, quiere ser presidente titular. El arzobispo de París, Noailles, es promovido al cardenalato. Si el

público hubiera elegido, el cardenal hubiera sido Bossuet. Todos lo dicen; pero Bossuet no piensa en estas cosas sino en lo principal: en el triunfo de la doctrina, inspirando y aconsejando lo mismo á Noailles que á Le Tellier y á todos.

Se dirá: En aquella fecha de 1700, en el dintel del siglo xviii, no estaba el peligro donde lo veía Bossuet? ¿Á qué perseguir y condenar doctrinas gastadas y ya estériles? ¿No parece que Bossuet miraba más bien atrás que al porvenir y que era más teólogo que profeta?

Sin embargo, por lo que se desprende del Diario de Le Dieu, no careció Bossuet de prevision. El 11 de Diciembre de 1702 escribía á Fleury, no al abate, sino al obispo de Fréjus y ministro futuro de Luis XV, « que el espíritu de incredulidad iba ganando terreno y que ya se servía del Evangelio para corromper la religion. » Los trabajos críticos de Richard Simon sobre el Antiguo y el Nuevo Testamento, sus atrevidas interpretaciones y las explicaciones filosóficas que estaban allí en gérmen, le arrancaron un grito de alarma y le preocuparon el resto de su vida. Trabajó hasta el último momento en refutarlo, en hacerlo condenar, en hacer que suprimieran sus libros la autoridad eclesiástica y la secular. Se asegura que en Diciembre de 1702, al saber la prohibicion de su libro (la *Traduccion del Nuevo Testamento*) ordenada por Bossuet, decía Richard Simon: « Esperemos que muera; no puede vivir mucho. » Con estas palabras parecía confesar que no reconocía, que no temía verdaderamente más que á un doctor, al último que podía llamarse *maestro en Israel*.

Pero el peligro no estaba tampoco donde Bossuet lo denunciaba. El décimooctavo siglo no iba á ser incrédulo por lentas deducciones sacadas de los libros del doctor Launoy ó de Richard Simon, libros que iban á serle punto ménos que desconocidos. La innovacion y la revolucion, en Francia, no debían proceder metódicamente de una exposicion clara, metódica, exegética y á la alemana. Las *Cartas persas* y Voltaire habian de ser los primeros enemigos, las tropas ligeras que por sorpresa se apoderarian de las alturas. Bossuet, combatiendo como obispo á Ricardo Simon y sus escritos, conoce perfectamente que se acerca un enemigo formidable; da la voz de alarma, convoca á los

defensores sobre toda la línea; pero se equivoca respecto del punto amenazado. ¿Y cómo prever entónces que la posicion iba á ser envuelta por Voltaire?

El Diario de Le Dieu nos hace asistir á los últimos sermones predicados por Bossuet á la edad de setenta y cuatro y setenta y cinco años. El 1.º de Noviembre de 1701, dia de Todos los Santos, « recoge los restos de su fuerza para excitar al amor á Dios en su sermón de *la Beatitud eterna*. » El 2 de Abril de 1702, que era domingo de Pasion, predicó en su catedral con motivo del jubileo. « Este discurso, dice Le Dieu, fué muy edificante, y M. de Meaux lo dijo con voz clara y fuerte, sin toser ni escupir desde el principio al fin de su sermón; se le entendía muy bien hasta en las puertas de la iglesia y todos se regocijaban al verle tan vigoroso. »

No todos los detalles dados por Le Dieu son igualmente interesantes, habiendo muchos de los cuales se puede prescindir. Sabemos por él qué dia se decidió Bossuet á ponerse anteojos. La enfermedad que padecía Bossuet y de la cual murió, era la piedra: Le Dieu no nos dispensa de ninguna particularidad. Es una enfermedad cruel la que Bossuet padecía; y lo era más entónces, porque la única operacion que se practicaba era mortal casi siempre. Bossuet conoció al fin su verdadero mal, que se le habia ocultado mucho tiempo, y no tuvo gran valor. Le Dieu nos trasmite sus desfallecimientos y debilidades. En aquel estado de decadencia física, se obstinó en permanecer mucho tiempo en Versalles, cediendo por debilidad á las exigencias de su familia, de su sobrino particularmente, sin más objeto que el de pretender en favor de este sobrino, que parece haber sido un personaje egoísta, exigente y poco interesante.

Yo compararía, salvo todos los respetos debidos á su carácter, las postimerías de Bossuet á las del gran Corneille. Bossuet quiso también hacer versos en los últimos años de su vida, versos religiosos, por supuesto; se dedicó á traducir al frances algunos de los salmos y hacía corregir sus traducciones por el abate Genest, uno de los abates de la naciente corte de Sceaux. Era Genest autor de una tragedia sacra, y muy pobre poeta; pienso que también era un crítico de poco alcance; pero Bossuet que traducía los salmos por espíritu de penitencia, se los sometía con la mayor humildad. Tengo á la vista algunas de las tra-

ducciones en verso de Bossuet, y entre ellas la del hermoso salmo melancólico *Super flumina Babylonis*; creeria ofender á su grande y respetable memoria si reprodujera ni una sola estancia. ¿Quién ha de tener gusto en sorprender la más magnífica palabra humana en los instantes en que balbucea?

Una palabra más sobre la traducción en verso de los salmos. Se ama en la vejez lo mismo que se amaba siendo niño; se vuelve la vista á los recuerdos amados para apegarse más y más á ellos (1). Bossuet habia leído y amado los salmos durante el curso todo de su vida; pero aquella época en la que siendo canónigo á la edad de trece años los cantaba en la catedral de Metz con su voz infantil vibrante y pura, tal vez con lágrimas, debió parecerle más hermosa cuando la recordaba en sus postreros dias. Muchas personas traducen á Horacio ántes de morir sólo porque lo tradujeron en la juventud; no es extraño que Bossuet rindiera á los salmos su homenaje postrimero. No veía en ellos solamente su religion de cristiano, sino que evocaba toda su poesía de adolescente.

« Señor, siempre os he tenido por un hombre honrado, le decia á Bossuet un incrédulo en el lecho de muerte; estoy para morir, tengo confianza en lo que me digáis: ¿qué creéis de la religion? — Que es verdadera, respondió Bossuet, y que jamas he tenido la menor duda sobre el particular. »

De cuanto leemos hoy sobre Bossuet resalta la sinceridad de las palabras que dejamos trascritas. Hace muchos años, ántes que un crítico investigador reuniera en torno de la gran figura de Bossuet todas las luces y esclarecimientos necesarios, quiso un escritor de ingenio definir al eminente obispo galicano, y dijo: « Bossuet, despues de todo, era un consejero de Estado. » Si quiso decir con esto, únicamente, que en Bossuet habia un hombre político, un hombre capaz de todos los miramientos con las personas y de tener en cuenta todas las circunstancias, tenía completa razon; pero si se pretende ir más allá, tocar al fondo de su naturaleza, menoscabar la idea fundamental del sacerdote, en ese caso no se estaria en lo cierto, pues en el fondo de su naturaleza tal como la revelan todos los testimonios y como nos aparece con

(1) « Nam quid in senectute felicius, quam quod dulcissimum est in juventa? » Plinio el Joven, *Cartas*, lib. II, 3.

manifiesta continuidad, hay ante todo, despues de todo y sobre todo, un creyente. Bossuet creia en la religion con todo su corazon y toda su inteligencia, sin que en el trascurso de una vida tan llena se vea un solo intersticio por donde se introdujera ni la más pequeña duda. La impresion que deja la lectura del Diario de Le Dieu, entre ociosas particularidades y bien vulgares algunas, confirma la verdad y la sinceridad de la naturaleza de Bossuet. M. de Bausset, tan agradable biógrafo, de quien veo que se habla hoy con ligereza excesiva, pues él ha creado entre nosotros la biografía verdaderamente literaria, no era quizá el más á propósito para convencernos tanto como se hubiera deseado. Hoy que hemos entrado dia por dia, durante cuatro años, en las interioridades de Bossuet enfermo, desfalleciendo por grados y moribundo, sabemos á qué atenernos como si hubiéramos sido testigos oculares y leído á todas horas en aquella conciencia hermosa y buena. ¿Qué iba yo á hacer? Quería demostrar lo que acabo de decir haciendo nuevas citas del consabido Diario; ¿pero es necesario hacerlo? Repito una vez más que Bossuet sale de la prueba suprema de los documentos íntimos, con señales evidentes, sin duda alguna, de su flaqueza humana; yo no sé si los que se forjan en sus espíritus ilustres estatuas que parecen muy á menudo ídolos, considerarán que se ha engrandecido más aún; pero lo cierto es que aquel hombre que tuvo tanta grandeza en el talento, se nos presenta con mucha bondad moral y verdadera piedad en el corazon. ¿Qué mas se necesita?

V

Sabido es, ya lo hemos dicho, que hay dos obras de Le Dieu relativas á Bossuet: las *Memorias* y el *Diario*. Este último es confidencial y personal. En cuanto á las *Memorias*, se reducen á una memoria escrita por el abate pocos dias despues de la muerte del obispo, trabajo hecho á petición de la familia como obra de consulta para los oradores que hubieran de hacer elogios fúnebres. Estas *Memorias* (ó *Memoria*) constituyen una obra realmente útil y aún interesante. El abate